

Un Don Juan Galdosiano: Don Juan López Garrido

El particular uso de los nombres que Galdós hace para subrayar o disminuir ciertas cualidades de sus personajes es evidente aquí. Lo mismo que el don Juan de *Fortunata y Jacinta* es siempre 'Juanito' para enfatizar su mediano donjuanismo, este don Juan de *Tristana*, ya en plena decadencia y reducidas al mínimo sus características donjuanescas, abandona (u otros lo hacen) el 'don Juan' y permanece a lo largo de la novela como 'don Lope'. La ironía galdosiana se derrama también en la creación del segundo apellido, aplicado a un personaje que va perdiendo, poco a poco, lo garrido de su personalidad.

Don Lope es, pues, otra parodia del donjuanismo, aunque diferente en este caso. Don Lope es al don Juan mítico lo que don Quijote al héroe caballeresco. El paralelismo parece evidente y Galdós va estableciendo el parangón entre las dos figuras conforme la novela avanza. No hay que olvidar que "Galdós se hizo en la lectura del Quijote"¹ y la presencia de éste en su obra es siempre ineludible.

Como don Quijote, que "frisaba en los cincuenta años", don Lope "se había plantado en los cuarenta y nueve"²; como él, procedía de la provincia de Toledo; como él, vivía con "un ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte"³; los rasgos físicos coinciden también: don Lope, "de cara enjuta, de líneas firmes y nobles, tan buen acomodo hacía el nombre con la espigada tiesura del cuerpo, con la nariz de caballete, con la despejada frente y sus dos ojos vivísimos, con el mostacho entrecano y la perilla corta, tiesa y provocativa" (p. 349); don Quijote, "seco de carnes, enjuto de rostro"⁴; frugal la alimentación de ambos. No hay duda de que, desde el inicio de *Tristana*, Galdós tiene un marcado interés en mostrar el parecido de muchos de los ángulos de don Lope con los de don Quijote. Inclusive la descripción irónica de las "aventuras" de aquél rememoran las de éste: "Se preciaba de haber asaltado más torres de virtud y rendido más plazas de honestidad que pelos tenía en la cabeza" (p. 349).

La ironía de Galdós es ilimitada cuando describe las caracte-

rísticas del honor y la moral de nuestro personaje, siempre concebidas a la manera caballeresca, causa y orgullo de su vanidad muy particular: "Los verdaderos sacerdotes somos nosotros -se declara a sí mismo don Lope- los que regulamos el honor y la moral, los que combatimos en pro del inocente, los enemigos de la maldad y de la hipocresía, de la injusticia y del vil metal" (p. 352).

Don Lope, "guerrero del amor", don Lope, "caballero sedentario", don Lope, dueño de normas existenciales exclusivas, que difieren de las ya instituidas⁵.

¿Cuál sería el interés de Galdós al trazar este paralelismo entre don Lope y don Quijote? No me parece aventurado afirmar que retoma las dos grandes figuras simbólicas españolas, el don Juan y el Quijote, como "la encarnación misma de un modo de ser español, causante de nuestras cuitas históricas"⁶. Pero el Galdós maduro que escribe *Tristana* llega a sentir más comprensión y más conmiseración por los seres humanos que crea y es por ello por lo que no nos da un verdadero don Juan, sino lo que queda de él, un pobre hombre decadente, sólo rastro de lo que fue, víctima de las circunstancias y muchas veces sujeto de la piedad de su autor. Sin embargo, lo maléfico del donjuanismo está ahí, en *Tristana*, en una de las víctimas vivientes de sus actividades seductoras. Pero es precisamente en ella donde se hace evidente que donjuanismo y derrumbe social son todo uno: no es sólo la víctima del perverso señor, sino de todos los vicios del entorno, que la determinan y la asfixian, y que permiten y ensalzan los monstruos que ellos mismos fabrican.

Es *Tristana*, precisamente, la que después de ocho meses de seducción, "de corta y pálida felicidad" (p. 356) despierta y ve, con caricaturesca realidad, la figura decadente que la ha conquistado, su ridículo cortejo, lo falso de sus encantos⁷. No en balde Galdós la presenta, por boca de don Lope, como su "último trofeo" (p. 396), hecho que la propia *Tristana* corrobora con una idea semejante: "a mí me ha tocado ser la última. Pertenezco a su decadencia..." (p. 372).

¹ Montesinos, José F., *Galdós*, Editorial Castalia, Madrid, 1968, p. XVII.

² Pérez Galdós, Benito, *Tristana*, en *Novelas y misceláneas*, Aguilar, Madrid, 1977. Todas las citas de esta obra se harán por la misma edición, señalando sólo el número de página.

³ Cervantes, Miguel de, *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*, Juan de la Cuesta, Madrid, 1608, Fol. I.

⁴ *Idem*.

⁵ "Profesaba los principios más erróneos y disolventes, y los reforzaba con apreciaciones históricas, en las cuales lo ingenioso no quitaba lo sacrilego". *Tristana*, p. 355.

⁶ Montesinos, p. XVIII.

⁷ "[...] el cual [don Lope], al verse en tan gran decadencia, desmintió los hábitos espléndidos de toda su vida, volviéndose algo roñoso", *Tristana*, p. 359.

La decadencia de don Lope es, pues, un hecho que Galdós insiste en subrayar. Describe sus casi patéticas dificultades por "conservar la fachada", lo cual, como buen don Juan, logra con grandes esfuerzos y la ayuda de la suerte. Parte importante de este visible descenso son las cuestiones económicas; el don Juan tradicional no sólo es rico —característica primordial— sino, además, derrochador. Don Lope no sólo se empobrece, sino que trueca su carácter, antes espléndido, en misero y avariento. Toda la primera parte de la novela muestra los esfuerzos del personaje por combatir o por lo menos disimular que se haga visible su trágico declive. Esfuerzos que tienden a conservar, para el mundo, lo que fue el personaje pero que en el hogar evidencian más crudamente una realidad cruel e irremediable.

La personalidad donjuanesca de Garrido, redonda y bien perfilada, no ofrece explicación alguna en cuanto a su origen; conocemos, exclusivamente, sus características acciones. Sólo a partir de un análisis de la conducta podrían establecerse los factores causales de ella⁸. Pero probablemente Galdós estima que no es muy importante conocerlos ya que, en este caso, no proporciona dato alguno para rastrearlos.

Es la propia Tristana quien logra proyectar una buena imagen de lo que en realidad constituye el complejo carácter de don Lope: "Porque no es malo, no vayas a creer que es muy malo, muy malo... No; allí hay de todo: es una combinación monstruosa de cualidades buenas y de defectos horribles; tiene dos conciencias: una muy pura y noble para ciertas cosas, otra que es como un lodazal, y las usa según los casos" (p. 372).

A pesar de la objetividad para juzgar a su amante y de una cierta repulsión por él, ya que su conciencia ha despertado, Tristana no puede dejar de experimentar sentimientos de admiración, sentimientos que forman parte de la admiración colectiva por el halo donjuanesco⁹; la evocación del don Juan popular se hace evidente en sus descripciones, prueba de lo atractiva que es la figura para ella: "en todas partes dejó memoria triste, como don Juan Tenorio. En palacios y cabañas se coló, y no respetó nada el muy trasto, ni la virtud, ni la paz doméstica, ni la santísima religión. Hasta con monjas y beatas ha tenido amores el maldito, y sus éxitos parecen obra del demonio" (p. 372). Inclusive ante su amado Horacio reconoce la muchacha que le gustan "las historias galantes" de Garrido y le cuenta con entusiasmo algunas de sus aventuras: "¿Pues y cuando robó, del convento de San Pablo, en Toledo, a la monjita?... El mismo año mató en duelo al general que se decía esposo de la mujer más virtuosa de España; y la tal se escapó con don Lope a Barcelona. Allí tuvo éste siete aventuras en un mes, todas muy novelescas" (p. 383).

⁸ Hoy la explicación de las causas de la existencia del donjuanismo es bien conocida. Se trata de la prolongación del narcisismo primario y del surgimiento de un ideal del yo, a través de los cuales el hombre es incapaz de renunciar a una satisfacción libidinal gozada alguna vez. Cfr. Freud, Sigmund, *Introducción al narcisismo*, en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, T. II, pp. 2017-2033.

⁹ "La sociedad y la masa admira al dominador, al que derrocha su ímpetu y su valor individual, pues adivina en él una personalidad fuerte", Lafora, Gonzalo R., *Don Juan, los milagros y otros ensayos*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, p. 16.

Pero en la curva vital de este don Juan, completa hasta el momento, a pesar de la decadencia, suceden hechos que van a iniciar un cambio. Un cambio tan violento que nunca podría darse en un don Juan mítico. Tristana se enamora de otro y su amante comienza a experimentar celos (cfr. Capítulo XII). Así se inicia la transición de un don Juan decadente a otro personaje distinto.

La enfermedad de Tristana se vuelve un elemento determinante. Los sentimientos de don Lope sufren una evolución: de la seducción pasan a la ternura. Aparentemente la transición ocurre sin grandes gesticulaciones, ya que la peculiar situación paterno-filial estaba iniciada tiempo antes. Pero la primera vez que Garrido la acepta experimenta una confusa



mezcla de sentimientos, donde lo concretamente edípico se revuelve con los celos:

"Todavía no soy tan viejo para soportar ciertos oprobios, muchacha... Con que no te digo más. En último caso yo me revisto de autoridad para apartarte de un extravío, y si otra cosa no te gusta, me declaro padre, porque como padre tendré que tratarte si es preciso" (p. 273). Y un poco después reconoce más claramente la peculiar situación en que la pareja se encuentra: "Te miro como esposa y como hija, según me convenga" (p. 374).

A partir de ahí, la relación entre Garrido y Tristana se hace claramente incestuosa. Es decir, la situación de ella comienza a evolucionar, desde amante, un poco ambiguamente establecida, a hija, pero sin "purificar" completamente la relación, hasta el fin de la novela, en que todo se resuelve en matrimonio. Pero volveremos más despacio a ello. La transición de amante a hija y después a esposa es fácilmente explicable a partir de la personalidad donjuanesca. El don Juan es un personaje anclado en las primeras etapas de su desarrollo y por lo tanto sujeto a un narcisismo primario (el que corresponde a dichas etapas). El primer objeto en que recae la elección

sexual del niño, la madre o la hermana, es un objeto incestuoso; a partir de la aparición de las prohibiciones sociales (o nacimiento del super-yo), el individuo comienza a sustraerse a la atracción del incesto, atracción que debe disminuir a medida que avanza en la vida. Pero el don Juan, para quien el infantilismo psíquico no ha evolucionado, continúa anclado en las fijaciones primarias de la libido, aunque sea de manera inconsciente¹⁰. Por todo lo anterior, para don Lope es Tristana un personaje invaluable, ya que puede ocupar, al mismo tiempo, el papel de hija y de amante. Conviene recordar, al respecto, que Garrido había pretendido a la madre de Tristana, y que sólo a causa de la enajenación mental de la señora, la cosa no había llegado a mayores. Lo cual no había sido obstáculo para que el don Juan gastara parte de su fortuna en ayudarla y en sufragar sus gastos.

Cuando la enfermedad de la muchacha se agudiza y es preciso amputar su pierna, la historia da un giro definitivo. Sería necesario analizar cuidadosamente el padecimiento de Tristana: sucede en el momento en que sus amores con Horacio declinan, y con ello las ilusiones de la joven pierden impulso y se hacen mortecinas también¹¹. Situación que significa renunciar a otros amores que no sean los de don Lope, quien, por otra parte, ha evolucionado hasta hacerse el más comprensivo y el más cariñoso de los padres. De ahí, la amputación de Tristana podría verse como algo simbólico: en el momento en que tenga una sola pierna sus posibilidades sociales habrán terminado; ya no sólo será una mujer "deshonrada", sino también inmovilizada. Quedará ya, absolutamente, a merced de su amante¹².

La pérdida de la pierna podría verse también como una simbolización del castigo que el super-yo ejerce sobre el sujeto. Tristana parece no ver el alejamiento de Horacio, pero no hay duda de que inconscientemente lo va aceptando. Todos sus sentimientos de culpa como mujer marginada por la sociedad, que no son muy evidentes pero que están muy presentes siempre, son la causa del fracaso de todas sus grandes aspiraciones¹³.

¹⁰ "El neurótico que conserva su infantilismo psíquico no se ha liberado de las condiciones infantiles de la psicosexualidad (detención del desarrollo o regresión) [...] Tal es la razón de que las fijaciones incestuosas de la libido desempeñen de nuevo o continúen desempeñando el papel principal de su vida psíquica inconsciente". Freud, Sigmund, *Totem y tabú*, en *Obras Completas*, T. II, pp. 1757-1758.

¹¹ "La frustración que es la *castración imaginaria* o el sentimiento de castración por una parte y, por otra, la *castración simbólica*, gracias a la cual el deseo humano sale de su indeterminación como deseo del Otro, del Otro que no podría decir tampoco cuál es su deseo", Safouam, Moustapha, *Estudios sobre el Edipo*, Siglo XXI, México, 1977, p. 57.

¹² "En realidad es el super-yo el que reclama este precio de sangre; ese super-yo, lejos de ser el *heredero* del Complejo de Edipo, es la figura que toma necesariamente para el sujeto la parte *fracasada* de su normativización edípica, lo que de la Deuda queda para él por arreglar", Safouam, p. 57.

¹³ La historia de Tristana y Horacio parece tener, como tan frecuentemente sucede en las obras de Galdós, un origen parcialmente real, donde los protagonistas de los amores fueron el propio Galdós y una extraña joven llamada Concha-Ruth Morell. Pero como el personaje que aquí estudio no es Tristana, sino don Lope, dejo por el momento esa apasionante historia. Cfr. Lambert, A. F., "Galdós and Concha-Ruth Morell", en *Anales galdosianos*, VIII, (1973), pp. 33-49.

A partir de la "renuncia" obligada o "voluntaria" de todas sus grandes fantasías e ilusiones, el espíritu de Tristana inicia una evolución inversa, reconociendo de nuevo las virtudes de su dueño y señor. "Porque fuera de su poquísima vergüenza en el ramo de mujeres, -le escribe a Horacio- es bueno y caballeroso" (p. 389).

La transformación de don Lope ha sido radical: no sólo acepta que Horacio se comunique con Tristana, sino que va personalmente a buscarlo para que la visite. Todo su ser parece dedicado a procurar el bienestar de la joven sin que ningún obstáculo lo dificulte. Y paralela a su apertura avanza la desilusión de ésta por su antiguo amor, desilusión que va en aumento lenta e insensiblemente, hasta que su pasión termina para siempre sin el menor dolor.

En la seguridad con que Garrido proporciona a Tristana un hombre que, finalmente ésta va a rechazar, podrían verse rastros de su personalidad mítica donjuanesca: su infinita confianza en sí mismo y en sus encantos, nunca amenazados por la sombra de otro hombre y, menos, por la de un joven sin la menor experiencia.

El final de la novela se precipita a partir de ahí; Tristana, incapacitada de moverse, envejece en compañía de don Lope. Se acomodan el uno al otro como un añejo matrimonio; reciben una herencia; se hacen beatos; se casan. En esto se patentiza el cambio de Garrido: su rechazo al matrimonio, como el de cualquier don Juan, lo ha hecho visible a lo largo de la novela¹⁴. Don Lope envejece cuidando su huertecito y saboreando los pasteles que cocina Tristana. Creo que aquí puede verse una alusión más al personaje de Zorrilla, en sus deseos -nunca realizados en él- de cuidar sus tierras y dedicarse a la familia, que, de haberse logrado, lo habrían convertido en un anti-don Juan.

Pero desde el punto de vista real, las cosas son diferentes. Es necesario señalar que la antigua posición de Tristana como amante-hija ha evolucionando y que al fin de la novela prevalece lo filial sobre lo erótico. Pero la relación incestuosa que está en el origen de todo donjuanismo -como está en el núcleo de esta novela- es tan fuerte que nuestro don Juan renuncia a todo lo demás con tal de que triunfe y de poder consolidar para siempre los lazos incestuosos que lo unen con su "hija"; es decir, Garrido sería el perfecto don Juan que logra establecer socialmente una posición bien vista, en la que relaciones prohibidas e inaceptables se convierten en perfectamente legales. Y no sólo desde el punto de vista civil, sino también del eclesiástico, ya que tanto él como Tristana se han convertido en miembros de grupos sociales religiosos.

De esta manera Galdós logra -una vez más- mostrar su agudo conocimiento de los rincones más intrincados de las pasiones humanas y mostrar que conocía mucho más de los mecanismos donjuanescos que todos los escritores que a ello se habían dedicado. ♦

¹⁴ "Ni por un momento se le ocurrió al caballero desposarse con su víctima, pues aborrecía el matrimonio; tenía lo por la más espantosa fórmula de la esclavitud que idearon los poderes de la tierra para meter en un puño a la pobrecita Humanidad", *Tristana*, p. 356. "El tal te habrá vuelto tarumba con esa ilusión cursi del matrimonio, buena para horteras y gente menuda", *Idem.*, p. 397.